

• LA SAETA •

SEMENARIO ILUSTRADO

FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

AÑO XII

BARCELONA 5 DE SEPTIEMBRE DE 1901

NÚM. 563



Aquí tienen ustedes á dos hermanas elegantes, muy guapas y muy *serranas*.



CHARLA

ODAS las personas más ó menos poetas han comenzado á prepararse para el invierno. Ya lo dicen los periódicos.

En todos ellos leerán ustedes títulos de dramas, comedias y zarzuelas pequeñas y grandes, al alcance de cualquier empresa. No conviene descuidarse.

El año pasado fué muy malo; apenas salió una producción medianeja

Pero en la temporada que llega será otra cosa.

Conozco á un escritor que no ha salido á la calle en dos meses. ¡Qué manera de trabajar!

Los dependientes de una papelería que hay en los bajos de su casa están asustados.

Y es para estarlo. En menos de quince días ha gastado el bueno del hombre cuatro cajas de plumas de dos puntos, y setenta y cinco pesetas de manos *costeras* de papel de barba.

Ha escrito tres dramas de *tesis*, cinco comedias *naturales* y un puñado de zarzuelas de *ambos sexos*.

Ya están listas las empresas, los amigos y la familia del fecundo autor.

En su casa no se come, ni se duerme, ni se está tranquilo un momento.

Si la criada canta, la hacen callar en seguida, porque espanta las musas como si fueran moscas.

Allí no se piensa más que en escribir y en leer.

Cada escena nueva es causa de infinitos comentarios.

Días pasados se armó la bronca número uno.

Era la una de la tarde, hora en que el poeta arrojó la pluma satisfecho, y llamó á sus padres, que estaban en acecho en la habitación inmediata.

—Prepárense ustedes para escuchar la escena final del segundo,—dijo el escritor.

—Lee, hijo mío,—prorrumpió la madre.

El poeta, leyendo:

Manuel. ¡No, y mil veces no!

Eduardo. Bien: pues mata.

Manuel. ¿Sí? ¡Pues toma! (*Metiéndole un puñal en el cuerpo.*)

—Mira, hijo mío,—interrumpió la madre;—ya sabes que no me gusta la sangre; arregla eso.

—Pero ¿cómo? ¡Esta figura me sobra para el tercero! ¿Cómo salgo de ella?

—Pues, hombre, máatala de otra manera,—dijo el padre.

—¿Con estriénina?

—¡No, hombre! ¡De un catarro ó cosa así.

—¡Imposible!

—Pues á mí no me gusta.

—Ni á mí.

—Porque ustedes no lo entienden.

—Señoritos: la sopa está hecha una cataplasma,—dice la criada desde la puerta.

—¡Vete al demonio, imbécil!—grita el poeta.

—Vamos á comer y luego hablaremos de eso,—dice la madre.

—¡Aquí no se come hasta que termine el acto!

—¡Pero, hijo...!

Este no hace caso y sigue leyendo:

Manuel. ¡La sangre me enloquece!... Sí: es lo más prudente. ¡Me mato! (*Se mete todo el puñal en la cabeza.*)

—¿Otro muerto?—dice el padre.
 —¡Eso es una atrocidad!—añade la madre.
 —¡Pues así tiene que ser!—grita el poeta, con los pelos de punta.
 —¿Retiro la sopa?—pregunta la criada.
 —¡Animall!...

Y así se suceden las cuestiones en aquella casa por las mañanas, por las tardes y á todas horas. Y pensar que, después de tantos afanes y disgustos, mueren estos mamotretos comidos de la polilla en los armarios de las contadurías de los teatros...

Porque las empresas, como la madre del anterior poeta, no están por muertos ni heridos.

Prefieren el jolgorio por todo lo alto. Donde la tiple pueda llevar con gracia la clásica



mantilla blanca ó el sale-
 roso calañés. Donde haya
 guitarreo y cante por todo
 lo alto, manzanilla y *juer-*
ga en pasta.

Eso quieren las empre-
 sas y el público, y eso hay que darles, si es que han de comer cómicos, autores y empresarios.

La gente dice que bastantes quebraderos de cabeza tienen en sus casas, y justo es que los distraigan en el teatro, en vez de ponerles el corazón como una pasa.

Pues bien: como decía anteriormente, los poetas están preparados y escriben de todo para que las empresas puedan elegir.

Y luego el público se encargará de dar su fallo sin apelación de ningún género.

—En la temporada próxima tendremos varios autores que vienen á *romper los antiguos moldes,*
 — me decía días pasados un periodista moderno.

—¡Pues que lleven cuidado, no sea que les rompan á ellos las narices de un patatazo! le dije yo.

Total: que tendremos la mar de *género* nuevo, la mar de autores nuevos y la mar de disgustos dentro de los senos de las familias.

¡Oh! Un día de estreno con fracaso *limpio* siembra el luto, la desolación y el espanto entre todas las personas que se rozan con el infortunado autor.

Me consta.

JOAQUÍN ARQUES

EL PRIMER AMOR

AUNQUE á la simple vista parece cosa sencilla evitar que en la edad de los quince años, y de balcón á balcón, se quieran dos muchachos, es empresa un poco difícil.

Y digo esto, porque á pesar de los muchos golpes que á esa edad recibíamos Carmen y yo de nuestras respectivas madres, quienes se oponían tenazmente al engendro de aquel idilio, nosotros seguíamos firme que firme, jurándonos eterna fidelidad veinte ó treinta veces por día.

Que ella era una mocosilla mimada, decía mi madre, y yo un atrevidillo danzante, decía la suya... Bueno, mejor, decíamos nosotros. ¡Veremos quién se cansa primero! Y, burlándonos de la autoridad y á despecho de todo, nuestros amoríos crecían y se criaban en un fogoso plantel de ilusiones.

Pero una tarde nos despedimos gimoteando

y angustiados por una desgracia inevitable: la madre de Carmen trasladaba su residencia á Madrid; noticia que, dada la guerra que en mi casa se hacía al noviazgo, fué muy del agrado de mi familia.

Después se conoce que los míos pusiéronse en inteligencias con el cartero, porque á mí no llegó ni una siquiera de las muchas cartas que Carmen habíame jurado escribir. El tiempo pasaba y mi novia no respiraba por ninguna parte.

Pero, nada: todos aquellos contratiempos juntos no bastaron para borrar de mi memoria el cariño de la loquilla que se había llevado á Madrid la mitad de mi vida.

Pasaron los años, llegué á ser casi un hombrécito, y cuando empecé á dárme las de Don Juan y á recibir los primeros desengaños, descubrí con gran regocijo

que el recuerdo de Carmen, mi primer amor, andaba doliéndose y quejándose por los rincones de mi memoria.

Y un día (ya tenía yo veinticinco años que amanecí borracho de dolorosas decepciones y me di á pensar que todas las mujeres eran malas, y que todas tenían envenenado el amor, recordé de pronto que una sola debía salvarse de mis duras acusaciones, y ésa era Carmen, mi primera novia, que en aquella marejada de mi cerebro, y á modo de tabla milagrosa, subía flotando, flotando sobre el abrasador oleaje de mis inocentes desvaríos.

Desde entonces fui desalojando poco á poco los atrofiados rincones de mi memoria, y en ella entró Carmen como reina y señora de mis pen-

LA MEJOR RECETA

MONÓLOGO ILUSTRADO POR LA PRIMERA TIPLE LOLA MARTÍN



—Le he buscado inútilmente... Ni en el Parque, ni en el Casino... ¡Ingrato!

LA MEJOR RECETA

samientos, en la seguridad de que su amor casto y puro llegaría pronto á ser el espléndido monarca en el alcázar de mi corazón.

Y poco después, sin vacilaciones, sin titubeos, con esa decisión heroica que caracteriza los bríos juveniles, rompí con todo mi presente, encerré los bártulos en un maletín de viaje y tomé el tren de Madrid, dispuesto á ganar mi batalla de amor.

De Carmen no tenía todas las noticias que deseaba; pero sí las suficientes para no perder mis esperanzas de volverla á ver.

Carmen permanecía soltera, y sus veinticinco años habían dado gallardía y entono á su pujante mocedad. Cierto que todos estos detalles se referían á una época relativamente distante; pero yo tenía fe absoluta en los juramentos y en la virtud de la niña, y en cuanto llegué á Madrid puse en juego cuantos recursos me parecieron oportunos para dar con ella.

La empresa no era tan sencilla como yo creía, porque Madrid es muy grande, y en diez años, como enseña un sabio cantar, «el mundo da muchas vueltas»...

A fuerza de preguntar por todas partes, supe un día, ¡oh Providencia!, que en la calle de... vivía una familia cuyas señas y naturaleza coincidían con las de las que yo buscaba, y aquí tienen ustedes á un joven enamorado que, procurando ayudar á los ocultos designios del destino, pasa al día siguiente tres cuartos de hora delante del espejo, se riza el cabello, se abrillanta el naciente bozo, libra una batalla consigo mismo acerca de qué corbata ha de ponerse, estrena unas riquísimas botas de charrol, y luego, emocionado como un pavo y todo dueño del mundo, se dirige, reventando de felicidad, en busca de su amor.

A las dos de la tarde llamaba yo en el cuarto



—¡Cielos! ¡Una cartel!... ¿Será suya?

que debía ser vivienda de Carmen. El corazón me saltaba con inusitado golpeteo.

Una criada á quien di mi nombre me condujo á un gabinete interior, adornado con rara y lujosa coquetería. Aquel aposento respiraba un perfume de mareante voluptuosidad.

Acababa de sentarme frente á un gran espejo de talla, cuando vi que se me aproximaba una señora de estatura pequeña, delgada, de rostro acartonado, calada de gafas y cabellos blancos, cuya fisonomía envejecida empecé á recordar.

—¡Siéntese, *poyo*, siéntese!—dijo al verme en pie.

—Seguramente usted no recordará de mí,—murmuré, haciendo una reverencia.—Yo soy...

—Sí, sí... Le conozco á usted,—replicó la vieja cortándome la palabra.—Lo que hay es que hace tiempo le he perdido de vista; pero ¡vaya si le conozco!... Y eso que aquí es difícil retener fisonomías, porque ¡ve una tanta gentel!... ¿De modo que usted quería ver á Carmencita?

LA MEJOR RECETA



—Dice que hemos terminado para siempre, y que le olvide... Sí; es lo mejor... olvidar...

—Sí, señora, sí,—balbuceó en medio de una turbación inexplicable.

Y añadió, interrumpiéndome de nuevo:

—Pues Carmencita... no está... acaba de salir...; pero, si usted quiere, mientras vuelve, saludará usted á unas muchachas recién llegadas á casa... Son unas buenas jóvenes, y, sobre todo, de confianza... A ver, chicas: ¡Lucía!... ¡Amalia!...

¡ !
E. ALBERTO CARRASCO.

Visita de duelo en casa de la generala, que acaba de perder á su marido.

La generala, joven aún y bonita, mirando con ojos llorosos el retrato del general:

— ¡Pobre esposo mío! ¡Bien sabe Dios que no te he engañado nunca, nunca... sin motivo!

A . . .

Tienes los ojos negros,
la tez morena,
y tus hermosos dientes
son finas perlas.
Y es tu sonrisa
nido de los amores,
cielo de diehas.

Dueña del alma mía,
calma mis penas;
escucha mis canciones,
oye mi queja.
No me desprecies,
que como yo te quiero
nadie te quiere.

Por ser pura y hermosa
eres mi anhelo,
y de todos los seres
el que más quiero,
el que más amo,
el que con sus ojillos
me ha enamorado.

Es flexible tu talle,
amplio tu seno,
y tus brillantes ojos
despiden fuego.
De tus mejillas,
la amapola y la rosa
tienen envidia.

Escucha las canciones
que el pecho mío
te dirige anhelante,
de amor henchido.
Prenda adorada,
¡qué dichoso sería
si tú me amaras!

Eres dueña y señora
del alma mía,
y mi amoroso pecho
por ti suspira.
¡Dulce cariño!
Si tú mueres, yo quiero
morir contigo.

ARTURO G. CARRAFFA.

RENOVACION

MIRÁNDOSE... hablando quedo, muy quedo, cual si temieran despertar de su amoroso ensueño, enlazados los brazos y saltándoles de gozo el corazón, caminaban por el hermoso parque, embalsamado con múltiples fragancias, esmaltado aquí y allá con abigarrados conjuntos policromos que resaltaban sobre el fondo verde de la vegetación exuberante...

Había amor en sus pechos de veinte años.. había amor en el ambiente que les circundaba.. Y si dentro de ellos existía un amor joven y sano, en lo que les rodeaba existían manifestaciones potentes de vida, vibrantes ondulaciones y sonoras notas de arrullos cadenciosos.

Mirándose, hablaban siempre, aproximando sus cuerpos, fundiendo sus miradas, aspirando sus hálitos, que conducían la última esencia de refinadas palabras, en tanto que la tarde expiraba y el sol, al ponerse, teñía de carmín las nubes del Oeste, y las primeras sombras del crepúsculo empezaban á desdibujar el contorno de los árboles y á borrarlos tonos de las flores, y allí quedaban los dos amantes solos y gozosos, reposando sobre el húmedo césped, mientras la Naturaleza vibraba intensamente á su alrededor, envolviéndoles la vegetación con emanaciones excitantes, al mismo tiempo que los insectos y los pájaros entonaban un himno soberbio de vida y de amor.

.....
Han pasado dos años... Corto espacio, en verdad, para el gran libro del Tiempo y de la transformación universal; pero largo, muy largo para el estacionamiento en cualquiera manifestación de la vida, cuya existencia supone movimiento y renovación constante... inacabable...

Allí están los dos aman-

tes, en el mismo jardín ameno y sonriente, rodeados de la misma Naturaleza, pletórica de vida y de poesía; allí está la misma fauna entonando los mismos cánticos de sus eternos amores.. Allí están ellos también, pero no el cariño de otro tiempo; allí están sus cuerpos jóvenes y hermosos todavía, pero ya no late en ellos el sentimiento de antaño. Y no es que sus corazones estén incapacitados para amar, no. Ella, ahora silenciosa y pensativa, sueña incesantemente en alguien que espera y no llega; y él, que ya no estrecha apasionado el cuerpo de su compañera, contempla el lejano horizonte, buscando también algo, algo nuevo, algo ignorado...

Y el sol tiñe las nubes de carmín y las sombras crepusculares desdibujan los contornos de los árboles, borrando los tonos de las flores, y la Naturaleza sigue vibrando intensamente y

LA MEJOR RECETA



— El vino hará olvidar las penas del amor. (Música de *Marina*.)

La Saeta

la vegetación y los pájaros exhalan las mismas emanaciones lujuriantes y entonan los mismos himnos de vida y de amor...

Dejarlos reposar; dejar que recuerden su ventura pasada; dejar que hagan los funerales al cadáver de su amor... Dejarlos... Otras pasiones nuevas anidarán en sus pechos y caerán muertas también ante el hachazo implacable del tiempo... Dejar que se renueve la atmósfera

que vivifica esos corazones. ¡Es ley natural que así suceda!... Porque el amor, hermano inseparable de la vida, necesita, como ésta, movimiento incesante, renovación constante, infatigable... Y si el reposo para la vida es la muerte, del mismo modo el estancamiento monótono del amor es su muerte también, su fin á corto plazo.

JOSÉ ALSINA CODERCH.

¿ - - - ?

RAIÑA, ¿quiere usted oirme?

—No oigo.

—¡Vea usted al doctor Lazárraga!

—Ese señor ¿quita las jaquecas?

—Déjese usted de indirectas y haga el favor de escucharme.

—¿Mucho tiempo?

—Menos que el que empleó Villaverde en hacer los presupuestos.

—Pues espere, que bajo en seguida.

—Aligere usted; no se me vaya á olvidar lo que traigo *aprendío*.

LA MEJOR RECETA



(Suenan las campanillas).— Conozco la manera de llamar. Es la modista con la cuenta... Pues no abro. . ¡Hay que olvidarlo! . .

—Ya estoy aquí. ¿Qué tiene usted que decirme?

—¡Que es usted la emperatriz de las forasteras, y que no vivo desde que la vi llegar á la estación!

—¿No rebaja usted nada?

—Las losas de esta calle, de tanto pasearlas.

—Pues no me he fijado.

—¿No habrá usted mirado para aquella esquina?

—Ahora que caigo, sí; pero le había confundido con el empleado de consumos que viene por las mañanas á vigilar la bodega que hay en la callejuela.

—La bodega la visito con frecuencia, pero no soy empleado; soy *acerrero*.

—¿Qué oficio es ése?

—Paseante de aceras.

—¡Pues deje usted el oficio, que de tanto pasearse le va poniendo la cara de color... de membrillo rondeño!

LA MEJOR RECETA

—Bueno: aparte del color, lo que yo tenía que decirle era que desde que la vi en la estación...

—¡Eso ya me lo ha dicho usted antes!

—¿Quiere usted no interrumpirme, que me deja hablar menos que un diputado de la mayoría?

—Bueno: tiene usted la palabra.

—Me ha *ararao* usted tanto, que no sé por dónde iba.

—¡Por la estación...!

—¡Lástima que sea usted tan bonita y tan guasona!

—¿Le gusto á usted?

—¡Más que la bellota al pavo! Si no fuera por eso, ¿hubiera venido á decirle que me muero por usted, que me hace usted más falta que á España un gobierno bueno, y que tiene usted unos ojos más traicioneros que una suspensión de pagos?...

—¡Hijo, tome usted resuello!

—Oiga usted, niña: aunque tengo mal color, no estoy enfermo del pecho.

—Pues, entonces, siga usted.

—Creo que con lo que he tenido el honor de ponerle en su conocimiento, salvo error ú omisión, habrá comprendido que por usted sería yo capaz de hacer un disparate.

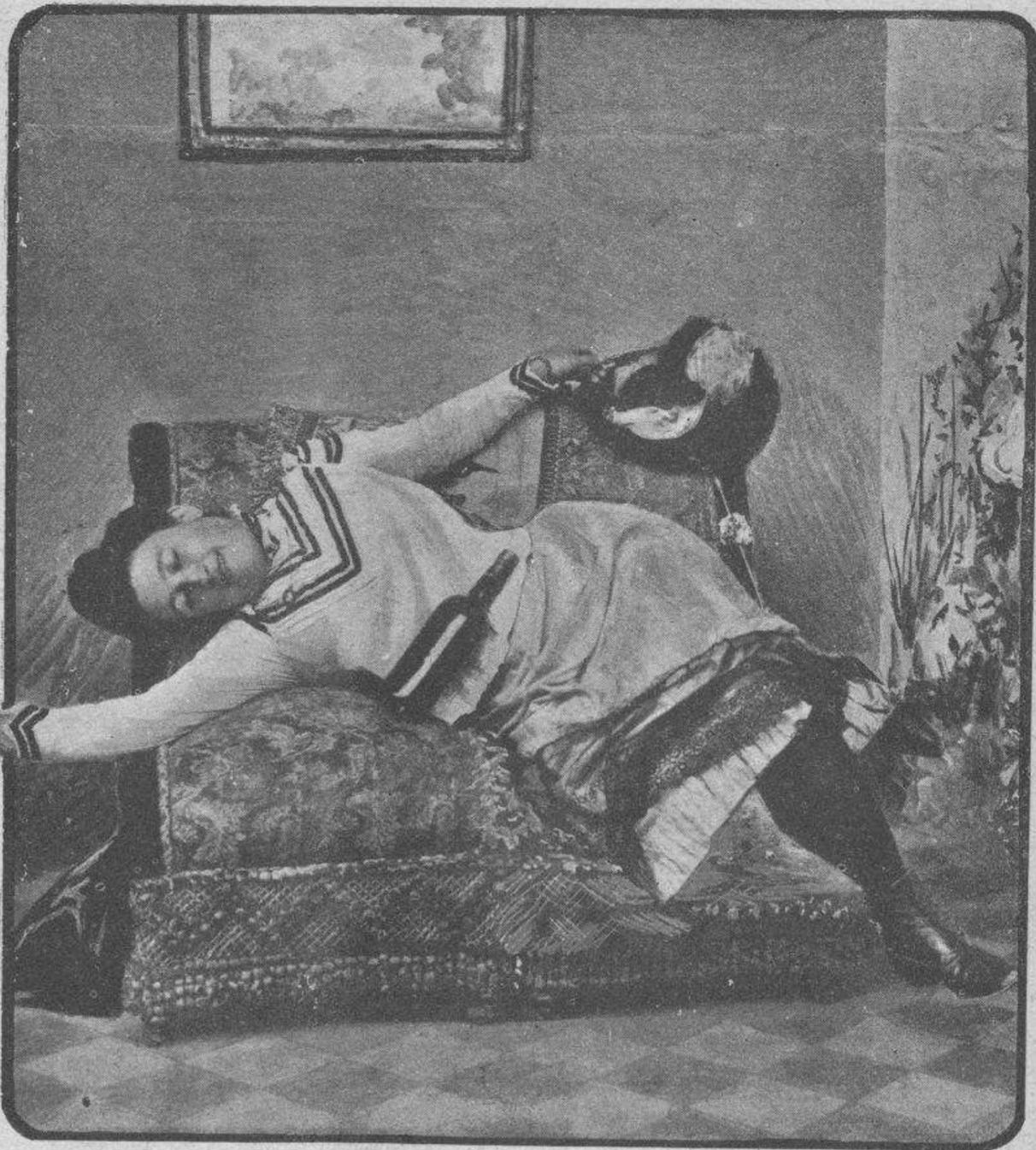
—*Pa* mí que usted se parece á la boda de D. Carlos.

—¿En qué?

—En que armó mucho ruido y luego *na*.

—¿*Na*? ¡Pues que la vea yo con otro hombre, y hago una que voy á dejar tamañito al 1º de enero en Málaga y al Dos de Mayo en Madrid!

—¡Ni que fuera usted el *sacamantecas* ú el *destripador*!



—¡Carlos!... ¡La modista!... ¡Qué sueño tan feliz!... ¡Todo lo he olvidado!...
¡Anda, Carlos, paga tú la cuenta .. que yo no me acuerdo de nada!...

—En fin: ¿quiere decirme si me quiere ó no?

—¡Hijo, si me ha dejao usted tan asustada, que no sé qué contestarle!

—Eso ¿qué tiene que pensar?

—A la noche le contestaré.

—No: ahora mismo. Mientras usted se decide, voy á tomarme una pildorita.

—¿De qué son esas pildoras?

—De Sándalo.

—Y ¿para qué sirve eso?

—Para combatir la acción de las purgas. ¿Quiere usted una?

—Gracias. Yo también me estoy medicando.

—Y ¿qué toma usted?

—Jarabe Gibert.

—¿Jarabe de Gibert?... ¡Que usted se alivie! ¡Luego volveré por la respuesta!

BRAULIO SÁNCHEZ MARFIL.



(Continuación.) —Y, puesto que nos parecemos, yo seré la figura real y tú la del espejo.

EFFECTOS DE UN CAFÉ CON... GOTAS



—Es una idea originalísima.
—¡Lástima que no puedan vernos Julio y el marqués!

(Continuará.)

QUIEN HACE UN CESTO...



STABA tomando café en la calle Larga, en compañía de mi buen amigo Reinoso, cuando pasó por delante de nuestra mesa la moza más garrida y gentil que he visto yo en mi vida.

—¡Buena mujer!

—¡Superior! —dijo Reinoso.—Si la conocieses tanto y tan á fondo como yo, aun te gustaría más.

—¡Picaruelo!... ¿Se trata de una conquista? Exijo que me cuentes la historia. Me interesa esa muchacha.

—Verás: trabajaba en mi bodega, en calidad de arrumbador, un muchacho á quien yo quería porque era muy trabajador y honrado. No tenía más defecto que su carácter violento. Tuvo un día una cuestión bastante agria con el capataz, y me vi precisado á separarlo de mi casa. Buscó colocación en otras bodegas, pero en vano. Fué en busca mía varias veces para que lo admitiese de nuevo, pero yo no creí prudente volver de mi acuerdo.

—Y, queriéndole como lo querías, ¿le abandonaste así?

—No. El muchacho era de oficio cestero; le di unas cuantas pesetas para que comprara junco y caña, y le dejé

que habitara, por un módico arriendo, una choza que tengo en el barrio de Reventón de Quintos.

El mozo trabajaba con ardiente fe; pero tenía mucha familia que mantener, y ni el producto de su oficio ni lo poco que daba la huerta eran bastante para cubrir sus necesidades.

Varias veces acudió á mí, y últimamente, no sé si por vergüenza ó por el temor de una negativa, me envió á su mujer, que es esa muchacha que has visto.

—¿No te negarías?

—No; antes al contrario, la socorrí con largueza. En vista del buen resultado de la primera



BARRIO DE REVENTÓN DE QUINTOS (JEREZ)

prueba, se sucedieron las visitas, y yo, insensiblemente, fui tomándole afición á aquella mujer, hasta llegar á ser para mí una necesidad el verla todos los días.

La hice algunas indicaciones, y yo no sé si como pago á los favores recibidos ó como correspondencia á mi pasión, ella me atendió.

¡Y fué...!



Hace una semana que no va por mi casa. Tal vez el marido ha sospechado algo, ó ella se ha hastiado ya de mis caricias.

— Volverá. No tengas cuidado.

— ¿Qué sabes tú?

— Ciertamente que no; pero ¿sabes lo que te digo?

— ¿Qué?

— Que no quisiera ser el marido; porque si es verdad que quien hace un cesto hace ciento, ¡no es chico el trabajo que le ha salido al pobre cesterero con su mujer!

F. CUENCA PI.

MONÓLOGO

recitado en un Círculo «de cuyo nombre no quiero acordarme»

Señores, tengan clemencia, porque mi emoción es tanta, que hace en mí lo que el casero cuando no pago: ¡me embarga! Voy á explicarles al punto por qué tomo la palabra, á fin de que me dispensen si les aguo la velada, porque es seguro, seguro que voy á meter la pata. Como ya saben ustedes por la prensa valenciana, da este Círculo sesiones musicales literarias, que amenazan con sonetos y amenizan con sonatas. También están enterados, los que han leído el programa, de que estoy comprometido á leer en esta velada un soneto modernista del eminente Juan Lanús; pero es el caso, señores, que me encuentro en la estacada, porque el insigne poeta no ha cumplido su palabra, y por no hacer el soneto puede haber una sonada. (Se suena el monologuista, tose y prosigue con calma.) El autor, que, entre paréntesis, lleva una vida muy mala, pues siempre está en las tabernas cuando en las timbas no se halla, está ya tan enviciado, que es imposible que salga

de este círculo vicioso...

(Grandes gritos en la sala.)

Señores, no haya protestas, porque eso es una metáfora. Como iba á decir, al vate que es de este lance la causa, le preguntaba yo anoche frente á la fonda de España: — ¿Has escrito ya el soneto? — No; pero tengo algo en casa que meterá mucho ruido. — Y ¿qué es ello?

— ¡Una carraca!

(Dirigiéndose á una joven que se ríe á carcajadas.)

Aquella joven se ríe.

¿De modo que le hace gracia?

Pues á mí me hizo tan poca que le di una bofetada; pero le di explicaciones y un puro y me dió palabra de escribir para esta noche lo que le viniera en gana.

Y, en efecto, hace un momento me lo encontré cara á cara,

diciéndome tembloroso:

— Mi mujer está que rabia.

— ¿La ha mordido un perro?

— No.

— ¿Le has hecho alguna pasada?

— Pasada no; una presente

y una futura me aguarda.

(Dijo, moviendo su diestra como todo el que amenaza.)

— Y ¿por qué ha sido la riña?

— Por una joven muy flaca

con quien tuve en otro tiempo relaciones no muy santas, y esta tarde vino á verme estando mi esposa en casa, la cual se armó de una silla, también se armó la delgada, y después... se armó la gorda. Huf... vine... toma y calla. No sé si eso va á gustarles, pero cumplo mi palabra — Y me dió esta poesía. Ahora á ver si les agrada. (Saca un papelucho y lee.) «De píldoras de copaiba...» ¡Mecachis con la receta! (Murmullos y carcajadas.) (Saca otro papel.) (Leyendo.) «A un ruisenor en su jaula. »Pajarillo que en tu cárcel »bates las habas»— digo,—«alas »contra el ha »bre...» No, no es eso. ¡Tiene una letra tan mala!... Dice aquí: «contra el alambre que forma tu férrea jaula...» (Uno del público.)— ¡Fuera! (Varios individuos.)— ¡Basta! (El pobre monologuista se encomienda á Santa Bárbara, y entre múltiples protestas y silbidos y patadas, después de una larga bronca terminó aquella velada con tempestades de gritos y con lluvia de patatas.)

A. SERRA CUBELLS.

RÁPIDA

TERESA fué víctima de su primer amor.

Aquel ingrato la abandonó después de haber saciado su brutal apetito.

Teresa lloró mucho, se desesperó y juró no querer á ningún hombre, porque, según ella, todos eran unos falsos.

* * *

Después de algún tiempo, la encantadora Teresa amó hasta el desbordamiento.

¿Al que antes la abandonara?

No. A otro y á otro... y más tarde á otro.

Y era la reina de la moda, y la admiración de los hombres.

Pronto había olvidado sus juramentos.

Pronto había dado al traste con sus ideas respecto á los hombres.

Aquella linda cabecita había sufrido un trastorno completo, según las amigas más íntimas que tenían la dicha de frecuentar su casa.

* * *

—¿No amas á Leopoldo?
—le pregunta Clotilde.

—No, porque todos los hombres son falsos,—le contesta Teresa.

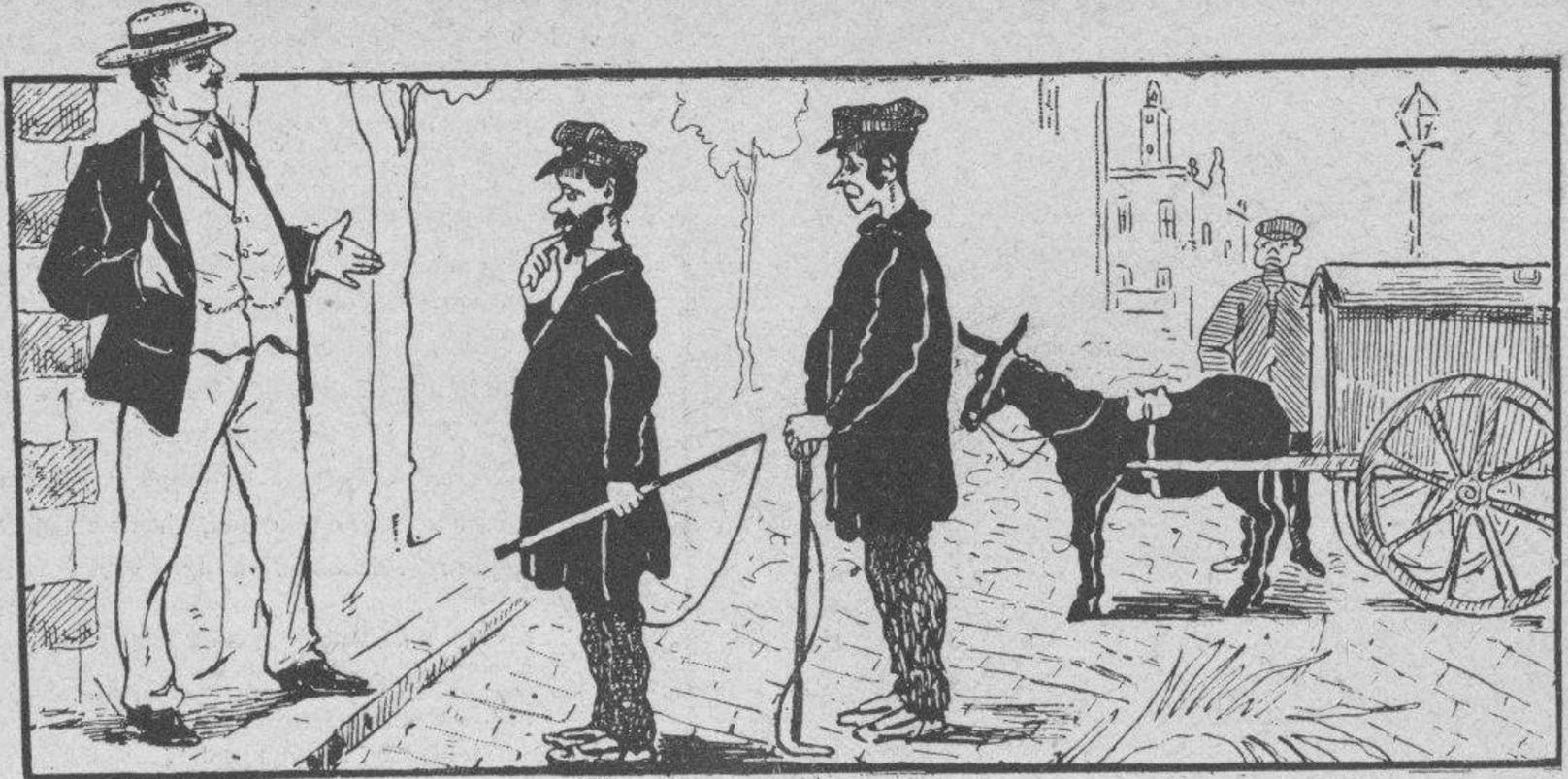
—Pues no lo entiendo.

—¡Oh! Los hombres son falsos... pero si las joyas que ofrecen son de ley, ¡les amo con toda mi alma!

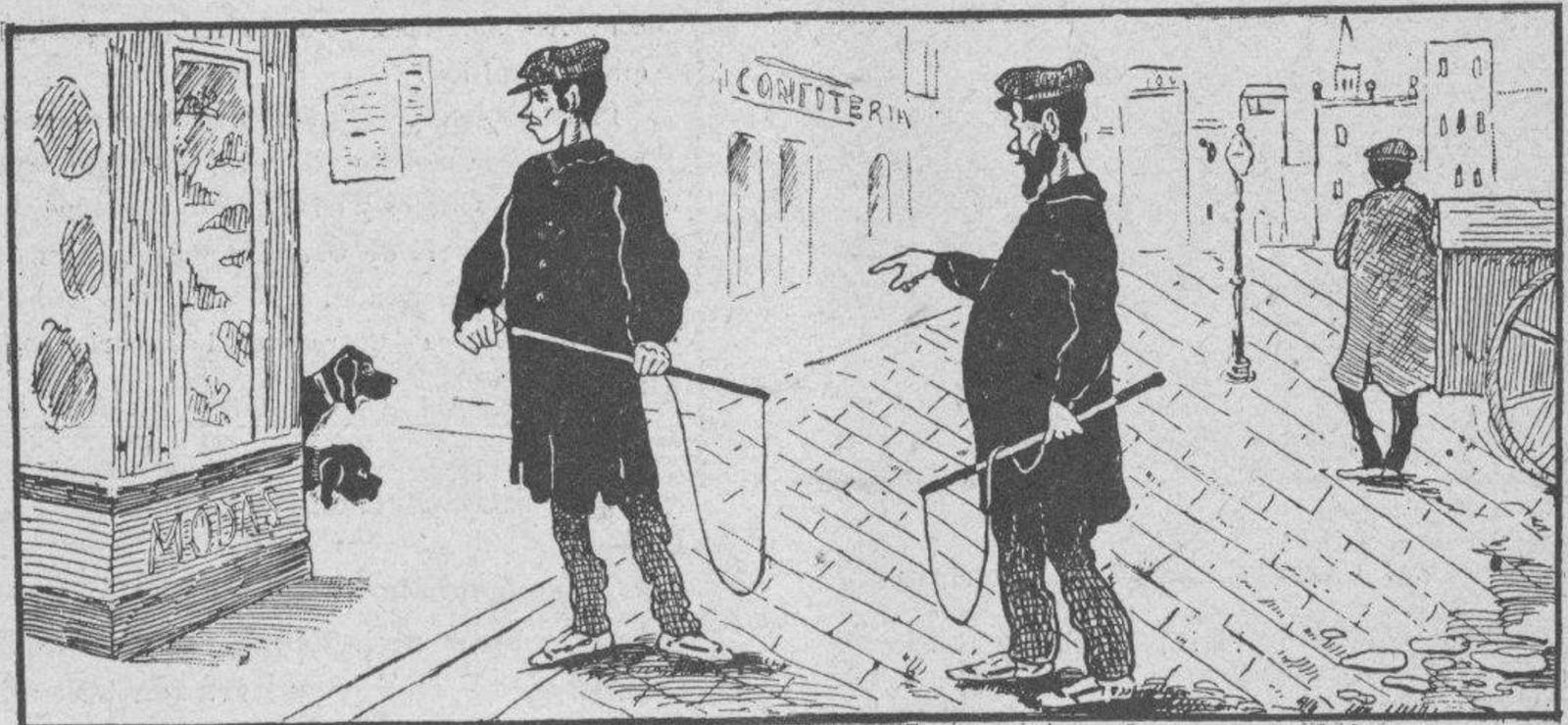
JOTA.



LOS LACEROS



—Hace más de un mes que no traéis ni un perro al Parque. ¡Mucho ojo, y duro con el que no lleve bozall! Así lo quiero... digo, quiero.



—Mira, Lucas: por allá asoman dos perros.
—¿Sí? Pues ¡duro con ellos!



—¡Nobles caballeros!... ¡Tengan lástima y compasión de este pobrecito baldado!



M. LARDHY CAMS (COUPLETISTA)

Correspondencia

J. de H.—Valencia.—Publicaremos *aquello* de «El beso». La composición festiva no me gusta.

M. F. L. de la V.—No resultan sus versos.

V. y R.—Valencia.—Se publicarán sus pasatiempos.

LOS DIENTES MOVIBLES impiden masticar y saborear los alimentos, aun los más blandos, privándose la gastronomía del agradable placer de la insalivación y la salud de tan importante función digestiva. Vencese esto con el *Licor del Polo*, el más higiénico, agradable y barato dentífrico; pues el que lo usa jamás sufre de la dentadura.

E. T. B.—Madrid.—Se publicará.

N. T.—Barcelona.—Para que nuestros lectores sepan la paciencia que tenemos, ahí va un cantar de N. T., que recibimos entre otros versos por el estilo.

«Tus lágrimas hermosa mía
tienen tan grato dulzor
que al caer al mar puede perder
todo su amargo sabor.»

¡Mal tiro le den en la barriga!..

J. T. R.—Barcelona.—Veremos de publicar algo.

A. C.—Murcia.—La «Serenata» no me ha resultado. Mándela usted con música y veremos.

F. A.—Barcelona.—Publicaremos algo de lo que ha remitido.

DIVIADOS SE EVITAN SIEMPRE y se curan seguramente por método abortivo, en cuanto se notan, oprimiéndolos y friccionándose después con Agua de Colonia de Orive, la más higiénica y más barata del mundo.

J. B.—Málaga.—Corresponsal literario no tenemos.

A NUESTROS LECTORES

Recomendamos eficazmente á nuestros lectores el próximo número de LA SAETA, el cual resultará en extremo variado y artístico.

A pesar de la novedad y profusión de grabados de dicho número, no excederá su precio de **veinte céntimos**.

Prohibida la reproducción de los originales de este número

Establecimiento tipográfico de B. Baseda, Villarroel, 17 —Barcelona



Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre MIDY

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.



—Entrando, á la derecha,
segundo piso.

Charadas

I

Dentro de un *primera dos*
que es un *todo* muy antiguo,
está *segunda primera*
la hermosa venus de Milo.

X.

II

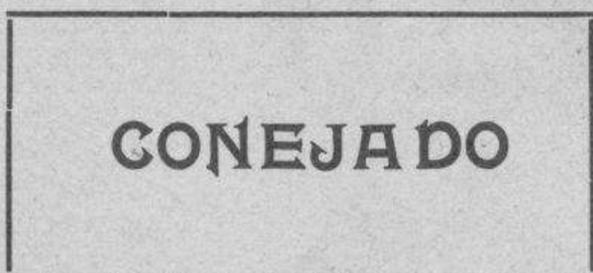
—Dame la *todo*, María,
que me voy á *dos tercera*.
—¿Vendrás pronto á *prima terciá*?
—Si veo á Ernesto, en seguida.

JOSÉ VALLÉS.

diendo de los ceros, diga lo siguiente: 1.^a, pueblo del reino de Valencia; 2.^a, pez semejante á la rana; 3.^a, pieza que se pone en algunos instrumentos y armas para dirigir la vista; 4.^a, óxido de sodio; 5.^a, objeto semiesférico; 6.^a, árbol; 7.^a, atar con lias; 8.^a; parte interior de un objeto alimenticio; y ahora, contando con la vertical del centro, debe leerse: 1.^a, sitio donde crían á sus hijos ciertos animales; 2.^a, ayuntamiento del hombre con la mujer; 3.^a, toca de la cabeza que usaban los persas; 4.^a, medio asar; 5.^a, acción de vestir; 6.^a, instrumento músico; 7.^a, verbo; y 8.^a, aullido de un animal cuadrúpedo.

JOSÉ COLL.

Jeroglífico comprimido



J. M. R. R.

Fuga de vocales

.n l. p..rt. d. t. c.s.
h. f.j.d. .st. l.tr.r.:
Q.. t.d. .l h.mbr. q.. p.s.
l. v..lv.s t. m.d.. l.l.

EMILIO ARIAS PEÑA.

Acróstico

```
* * 0 * *
* * 0 * *
* * 0 * *
* * 0 * *
* * 0 * *
* * 0 * *
* * 0 * *
* * 0 * *
```

Substituir los ceros y estrellas por letras, de modo que en la línea vertical de ceros se lea el nombre y apellido de un escritor popular, y en las horizontales, prescin-

Soluciones á lo insertado en el núm. 562

CHARADA.—Safo.

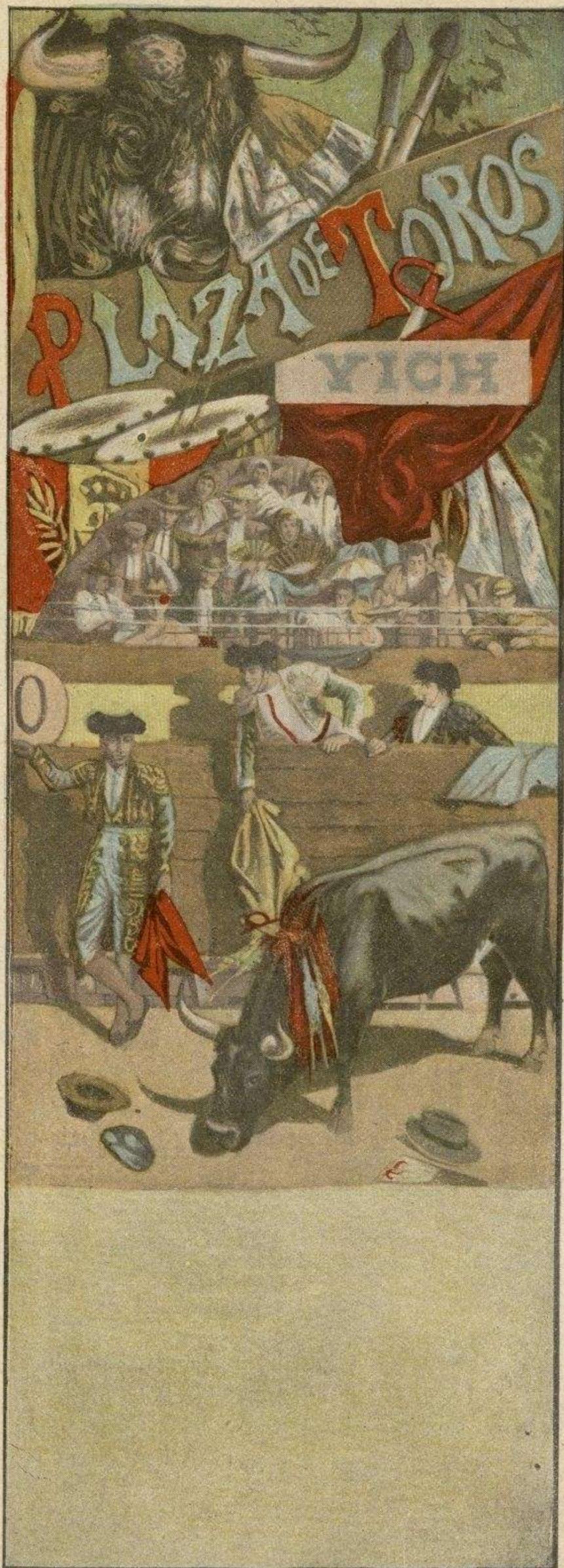
JEROGLÍFICOS COMPRIMIDOS.—I, Leovigildo; II, Berrada.

TARJETA.—Lucrecia Arana.

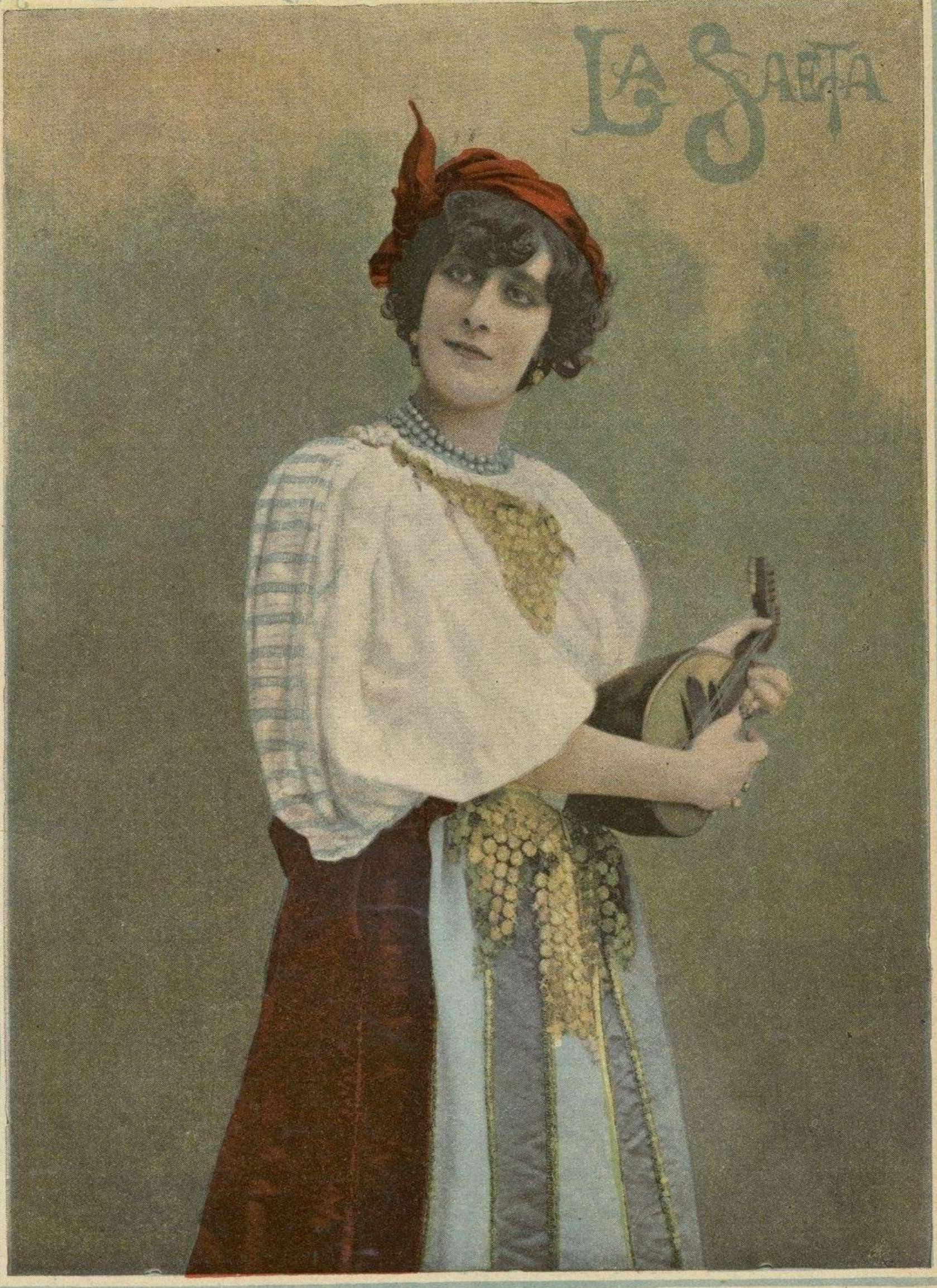
LOGOGRIFOS NUMÉRICOS.—I, Raimundo; II, Segismundo.

CRUZ LATINA:

```
  D P R
  A R U
D A N U B I O
P R U S I C O
R U B I D I O
  I C I
  O O O
```



Núm. 310 del catálogo



20 cénts.

Núm. 564

Miscelánea

Tenemos el gusto de advertir á nuestros lectores que doña Sebastiana Sola tiene á su cargo la corresponsalia de las siguientes publicaciones: *Heraldo de Madrid, El Pais, El Nacional, La Lidia, La Caza Ilustrada, Arte y Letras, Heraldo Taurino y El Suceso ilustrado.*

Dirigirse al kiosco de la Rambla, numero 3.

COCINA CÓMICA

Gallo filarmónico

Este sencillo plato
se come crudo,
y es fácil que lo encuentres
muy á menudo.
En los teatros,
las tiples y tenores
dan de estos platos.

J. A.

Civilización y barbarie:

El niño Paquito asiste en casa de su abuelo á una acalorada discusión sobre los progresos del siglo.

Las palabras civilización y barbarie menudeaban tanto, que el pequeño entró en ganas de saber lo que significaban.

—Abuelito, ¿quieres decirme lo que significan las pala-



—Para tropas Barcelona,
para jardines Valencia,
y para animal dañino
ninguno como mi suegra.

bras civilización y barbarie? ¿Qué diferencia hay entre una y otra?

—Paquito, lo que esas palabras significan te lo diré otro día. La diferencia que entre ellas existe, hela aquí: barbarie, hijo mío, es matar á tu enemigo con puñal ó arma blanca á un paso de distancia; civilización, es matarlo con una bala á distancia de 800 metros.

Cierto gobernador necesitaba formar una estadística de la riqueza pecuaria en su provincia, y para completarla preguntó á un alcalde cuántos borricos había en el pueblo.

El alcalde contestó:

—Ocho; y después que usía estuvo aquí la última vez, hay uno menos.

La señora:

—¿Qué hace ese guardia del orden constantemente en la cocina?

La criada:

—¡Ay, señorita! Viene á ver si cumplo con todas mis obligaciones.

—Pero, hija, ¿es posible que te hayas enamorado de ese tipo?

—¿Por qué?

—¡Porque es una criatura todavía!

—No tal: tiene quince años y se deja el bigote.

—Se lo dejará... en casa.

Calínez, que ha estado ausente de Madrid durante muchos años, llega á la corte y se dirige á visitar á un amigo suyo.

Al abrirle la puerta se halla con la sobrina de éste, á la que conoció desde muy pequeña, y le pregunta:

—¡Calla! ¡Teresita! ¿Sigue usted siendo la sobrina de Fernández?

En provincias:

—Pocas distracciones tienen ustedes aquí,—decía un madrileño recién llegado á una capital de Andalucía.—Se aburrirán ustedes solemnemente...

—No, señor,—dijo la dama;—no hay manera de aburrirse cuando nos ocupamos en los asuntos de los demás...

En París y en la Exposición:

—¡Muy bonita este año la exposición artística!—dice una señora á su amiga.

—Pero bien podían suprimir los cuadros: ¡huele tanto á pintura!...

(Sigue en la penúltima página)